

Marco Polo. La ruta de las maravillas

Rustichello de Pisa

(inspirado en los viajes de Marco Polo, comerciante italiano)



A través de la niebla de la mañana, miré el horizonte desde el muelle, y por un momento me pareció ver a lo lejos el perfil misterioso de China. Mi padre y mi tío me habían hablado tanto de aquel reino lejano... Decían que en China abundaba el oro, que todo el mundo vestía ropas de seda, que se hablaba una lengua exótica, que había pájaros rarísimos y que se servían manjares extraños. ¡Imaginaos cuánto deseaba conocer todas aquellas cosas por mí mismo!

Así es que me embriagó la felicidad cuando mi padre me dijo: — ¿Quieres venir con tu tío y conmigo a China? ¡Por supuesto que quería!

El día en que partimos de Venecia fue el más feliz de toda mi vida.

Después de una dura travesía y tres años y medio de viaje, llegamos a China. Cuando nos acercamos al pueblo, vimos que había templos por todos lados, llenos de estatuas de dioses, algunas de las cuales eran cinco o seis veces mayores que un hombre. Los funcionarios del poblado nos escoltaron hasta la residencia veraniega del Gran Kan.

El palacio del Kan era un enorme edificio de mármol situado en un parque lleno de arroyos y jardines fragantes.

El Gran Kan estaba rodeado de toda su corte: más de un centenar de nobles, funcionarios, guerreros y sirvientes, que nos miraban con asombro, porque los europeos resultábamos muy exóticos en Shangdu.

Kublai Kan era un hombre de piel amarilla, pelo negro y ojos oscuros, con una mirada penetrante de águila. Estaba sentado en su trono de oro, y a sus pies yacía un majestuoso león. No había duda: nos hallábamos ante el hombre más poderoso del mundo. De acuerdo al protocolo chino, nos arrodillamos ante el Kan y tocamos tres veces con la cabeza en el suelo. Luego, mi padre le entregó los presentes destinados para él.

El Gran Kan se interesó por nuestro viaje y, al mismo tiempo, en mi persona.

– ¿Quién es este joven que os acompaña?

–Es mi hijo Marco –respondió mi padre.

Entonces el Kan me examinó con atención, pero no dijo nada. Mi padre y mi tío le relataron sobre mi enfermedad y que yo había pasado casi un año al borde de la muerte.

El Kan sonrió y dijo muy despacio:

–Eres un joven valeroso. Y pareces muy inteligente. Dime, ¿te gustaría formar parte de mi consejo privado? Necesito inspectores que visiten las ciudades de mi reino y me informen lo que pasa en ellas. Si me ayudas, prometo pagarte con honores y riquezas.

¡No podía creérmelo! ¡El emperador de China quería convertirme en uno de sus hombres de confianza! Miré a mi padre para pedir su aprobación y él asintió, así es que acepté su invitación. Durante tres años, ejercí como gobernador de la ciudad de Kensai, que está llena de canales y tiene doce mil puentes y más de un millón de habitantes: allí la gente es tan rica que todo el mundo viste ropas de seda y se adorna con perlas.

La bebida preferida es el aguardiente de arroz y uno de sus manjares predilectos es la carne de perro.

Tiempo después, el Kan me envió como embajador a países extranjeros tales como la India, donde vi serpientes capaces de tragarse a un hombre de un solo bocado y oí hablar de una isla cuyos habitantes tienen una sola pierna y un solo ojo, y de águilas gigantescas que podían levantar un elefante del suelo con la fuerza descomunal de sus garras.

Pasé más de diecisiete años al servicio del Kan. Pero a todos nos embargó una intensa nostalgia de

Venecia: me emocionaba al evocar sus canales, sus góndolas, el aroma de sus vinos... Así es que mi padre, mi tío y yo zarpamos rumbo a Venecia. Anhelábamos volver a ver sus hermosos canales.

El viaje abundó en peligros. Pensábamos que tal vez no llegaríamos. A veces, nuestros juncos eran azotados por olas gigantescas que amenazaban con hundirnos, y en otras ocasiones el viento cesaba, lo que nos obligaba a tomar tierra en islas solitarias a la espera de que soplasen los vientos alisios. Pasamos cinco largos meses en Sumatra, entre caníbales, animales salvajes, fiebres letales y un calor sofocante que nos hizo sufrir lo indecible.

Cuando nos hicimos a la mar, sufrimos lluvias torrenciales y fuimos perseguidos por barcos de peligrosos piratas, pero tras dos años de viaje, arribamos por fin al puerto persa de Ormuz, donde me enteré que aquel mismo año de 1294 había fallecido el Gran Kan, a los ochenta años de edad. Como comprenderéis, aquello me causó una profunda tristeza. Seguimos nuestro viaje por tierra. Tras pasar por Trebisonda, llegamos a Constantinopla y desde ahí nos embarcamos hacia Venecia, adonde arribamos por fin en 1295 con el corazón encogido de emoción y los ojos llenos de lágrimas. Habíamos pasado veinticinco años lejos de Venecia y nos costaba creer que estuviéramos de vuelta. Es aquí, en mi tierra natal, donde nos esperaba un nuevo incidente que terminaría con mi persona en la cárcel, relatando mis aventuras en las lejanas tierras de la China